

coleccion de Ginebra, que se dice ser copia fiel de la de Witemberg, y sin embargo, ésta no habla del pan, pues solo se contenta con decir, „que el cuerpo y la sangre son verdaderamente distribuidos á los que comen.” Primera variedad, que ciertamente no es indiferente; pues que la última de estas fórmulas conviene con el dogma de la transustanciacion, al paso que la otra por el contrario parece espresamente puesta para combatirla. Sin embargo, los luteranos no se detienen aquí, y pasan adelante. En el libro de la concordia, de tan gran peso entre ellos, la presencia real es tambien propuesta de dos maneras nuevas y del todo diferentes. Dicen allí en primer lugar, „que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están verdadera y substancialmente presentes en la cena, y que son verdaderamente dados con el pan y el vino á los que reciben el Sacramento. El verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, dicen en segundo lugar, están verdaderamente presentes, distribuidos y recibidos en la cena bajo la especie de pan y vino, y se condena á aquellos que enseñan lo contrario.” Se vé á la primera ojeada que este cuarto modo es tan diferente de todos los demás, que los católicos acceden á él sin dificultad. Pero de estas cuatro versiones, ¿cuál es la original? No pretendemos responder á una cuestion en que los luteranos ignoran tanto como nosotros: nos basta haber manifestado sus estrañas variaciones sobre un punto de doctrina tan importante en concepto de ellos mismos, para rechazar con horror la fraternidad de los sacramentarios.

Iguales variaciones é incertidumbres se hallan en los demás artículos que pasamos en silencio.

59. El Emperador y todos los Príncipes católicos, y particularmente Joaquin, elector de Brandebourgo, hicieron todos sus esfuerzos para reducir á los Príncipes luteranos y los otros miembros de la dieta á la religion que abandonaban con pretesto de una reforma que la trasformaba enteramente, poniendo al mismo tiempo el imperio en el mayor peligro. El sábio Eckio, Juan Cochleo, Juan Fabro, todos los mas sábios y hábiles teólogos y ortodoxos refutaron la confesion luterana artículo por artículo, despues de haberse asegurado de no quedar ya objecion alguna que hacerles; y por deferencia á las preocupaciones de sus adversarios, establecieron principalmente sus pruebas sobre la Escritura santa. En la refutacion omitieron todas las espresiones duras, todas las quejas mortificativas, y aun las que recaían sobre las variaciones tan concluyentes contra un símbolo de fe. Nada omitian en fin de cuanto podia exigir la moderacion mas escrupulosa, en la que muchos ortodoxos culparon á Carlos V de haberse escedido. Reprendieronle en primer lugar el haber recibido de hereges notorios confesiones de fe, pues no se trataba de examinarlas, sobre todo en una asamblea secular, sino únicamente de reprimir. En segundo lugar, reprobaron en este Príncipe el no haber hecho prender á Lutero, que á la verdad no compareció en la dieta de Augsbourgo, pero se mantenía á poca distancia, en la fortaleza de Cobourgo, desde donde regia despóticamente





á los protestantes de la asamblea, y arrojaba sin cesar libelos llenos de insolencia contra el mismo Emperador. Como el heresiarca estaba proscrito del imperio y sin salvo-conducto, podia el Emperador obligar al elector de Sajonia, (al cual tenia bajo su poder, por pertenecerle Cobourgo) á que le entregase al que protegía, y que era el tizon de la discordia. El interés de su propia gloria, y el celo de la religion parecian exigirlo así; mas la salud de la religion no debia ser obra del poder político.

Despues de muchas conferencias tan inútiles como las solicitudes, resuelto el Emperador á usar de todo su poder, y aun del rigor y de todas sus fuerzas militares, si fuese necesario, hizo publicar un segundo edicto imperial, mucho mas fuerte que el de Worms. En él se ordena muy por menor, que todas las cosas mandadas en la Religion católica, sean restablecidas en el primer estado, y que sola ésta dominase y fuese particular en toda la estension del imperio, so pena de castigos corporales y de confiscacion de bienes. Si hubiese alguna cosa entre las prácticas recibidas digna de ser reformada, debe esperarse para esto el juicio del concilio general, cuya convocacion se pediria al Papa dentro de seis meses, á fin de que tuviese principio á lo menos en aquel año. Depusieron en la misma asamblea al gran-maestre de la órden teutónica Alberto de Brandebourgo, que habia abrazado el luteranismo, le quitaron el ducado de Prusia que se habia apropiado, y fue electo para sucederle el caballero de Comberg. Esto se

hizo de consentimiento unánime de los Príncipes, así protestantes como católicos. Tan cierto es, que el mismo espíritu de novedad se vé forzado á rendir homenage á ciertos principios de religion. El Emperador, despues de esto declaró, que emplearia todo el poder que Dios le habia dado, y que estaba resuelto á sacrificar su propia vida, para mantener en todo su vigor un edicto dirigido á la conservacion de la fe y de la Iglesia. Y haciendo ver que no queria ya mandar para no ser obedecido, tomó abiertamente sus medidas, tanto para acometer si era necesario, como para ponerse en defensa él y los estados del imperio, con los cuales se unió estrechamente.

60. Los protestantes por su parte, viendo resuelto al Emperador á sujetarlos por la fuerza de las armas, si no querian ceder de otro modo, fueron á reunirse á Smalcalda, teatro ordinario de sus conventículos; y allí formaron una liga entre sí para oponerse con mano armada al gefe del imperio. Vióse entonces bien palpablemente, que la virtud en las sectas no es menos variable que la fe. Hasta entonces Lutero habia enseñado constantemente que no se debian emplear las armas por asuntos religiosos, aun cuando se tratase de resistir á la opresion. Quiso dar al principio á su nueva iglesia este bello rasgo de semejanza con la Iglesia primitiva; y por largo tiempo repitió que no debia usarse de la fuerza exterior contra las potestades católicas, ni aun contra la de los Papas, añadiendo que la fuerza de sus palabras, y el soplo de sus labios eran suficientes para aniquilarla. Mas cuando





vió que su ruina no debía, al parecer, verificarse tan pronto, y que por el contrario los Soberanos se disponían á confundir á los enemigos de la Iglesia, olvidó todas las máximas de paciencia evangélica, tan decantada en sus primeras obras; y cantando la palinodia en una consulta pública, declaró por escrito que había casos tan estremados, que la conciencia obligaba á los frailes á tomar las armas, y á coligarse contra todos los que intentasen hacerles la guerra, y aun contra el Emperador. Por lo que hace á la vergüenza de contradecirse de esta manera á sí mismo, despues de haber enseñado constantemente no ser jamás permitido resistir á las potestades legítimas, creyó que tenía excusa con decir que al principio ignoraba las máximas contrarias de los jurisconsultos. Esta consulta encendió el fuego en toda la Alemania, y el débil Melanchton no pudo menos de exclamar en su primer sorpresa: „¿con que es preciso tocar á rebato para escitar todas las ciudades á la sublevacion? ¿No valdria mas sufrirlo todo, que tomar las armas por la causa del Evangelio?“

Sin embargo, no llegaron las cosas á aquel estremo que se podia temer. El Emperador tenía asuntos entre manos que le obligaban á usar de muchas consideraciones; á saber, la eleccion de su hermano Fernando para Rey de romanos, y la guerra contra el turco, que se disponía á vengar la afrenta que sus armas habian sufrido en Austria. Los Príncipes luteranos, muy opuestos á la eleccion de Fernando que no dejó de efectuarse el 5 de Enero de 1531, imploraron,

con pretesto de las libertades germánicas, los socorros de los Reyes de Francia y de Inglaterra, que sabian no ser afectos á Carlos V. Enrique VIII, que se lisongeaba entonces de salir de la empresa de su divorcio, no quiso concluir cosa alguna capaz de exasperar los ánimos del Papa ó del Emperador, y se contentó con dar á los Príncipes protestantes una respuesta llena de atenciones vagas que en nada le empeñaban. Francisco I, con su franqueza acostumbrada, les escribió y les hizo asegurar por su embajador Guillermo de Bellai, que les ayudaria poderosamente á fin de impedir que se violasen los derechos y privilegios del imperio. Pero señalando al mismo tiempo su adhesion á la fé y á los principios del honor, cuidó de no tocar en cosa alguna al tratado de Cambrai; y mucho mas de no manifestarse ni aun inclinado á apoyar el error. Hizo primero exhortar á los Príncipes á que volviesen á su antigua religion, prometiéndoles que les procuraria un concilio libre, segun lo deseaban. En el tratado que concluyó luego con ellos, quiso que su liga fuese simplemente defensiva para la conservacion de su libertad en el caso de ser atacada, é hizo estipular en términos formales que su union con los Príncipes y ciudades libres del cuerpo germánico, no era mas que para mantener los privilegios de los diez círculos del imperio en el estado que tenían antes. En cuanto á la suma de cien mil escudos que suministró para emplearla cuando lo exigiese el caso, tuvo la delicadeza de no remitirla á manos de los Príncipes protestantes, sino al duque de Baviera,



quien la tuvo en depósito, saliendo por escrito garante de su inversion en el único objeto de la libertad del imperio, y en el caso solamente de que los Príncipes fuesen acometidos.

61. Mientras que los luteranos se fortificaban de este modo en Alemania, se espusieron los sacramentarios de Suiza á la mas inminente ruina, queriendo causar la de sus compatriotas católicos (1). Aquellos panegiristas eternos de la tolerancia y de la concordia, emprendieron primero sitiar por hambre á los cantones que conservaban la fé de sus padres comunes, y se apoderaron de los caminos, á fin de cortarles los víveres. Sus tentativas se dirigieron particularmente contra los cantones de Lucerna, de Switz, de Zug, de Uri y de Underwald, que se mostraban estremadamente adictos á la antigua creencia; y como estos no formaban mas que una cuarta parte de la nacion, parecia que podrian ser oprimidos sin dificultad. Los de Solcurre, de Friburgo, de Glaris y de Appenzell, interpusieron, junto con el Rey de Francia, su mediacion, pero en vano; por lo cual reducidos los cinco pequeños cantones á una carestía insoporable, se armaron secretamente en número de ocho mil, y supliendo con la celeridad la medianía de sus fuerzas, llegaron á la montaña de Zurich antes que el enemigo los creyese en campaña. Cayeron inmediatamente sobre un cuerpo de trece mil y doscientos hombres que se hallaban en aquella frontera, y fue disipado en algunos momentos. Pero como distaba

(1) *Sleid. l. 8. p. 253.*

poco Zurich, salieron de esta ciudad hasta veinte mil hombres, mandados por Zuinglio en persona, que quiso hacer á un mismo tiempo el oficio de pastor y de general, á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, los cuales usaron de toda su elocuencia para disuadirle. No atreviéndose los católicos á esponerse en campo raso con un número tan desproporcionado, se apostaron en un desfiladero, donde no pudiendo pasar los enemigos mas que uno á uno, cayeron la mayor parte á los filos de la espada, y los restantes fueron desordenados.

62. Zuinglio, combatiendo con ardor desesperado al frente de un batallon, quedó entre los muertos á la edad de unos cuarenta y cuatro años. Los vencedores buscaron su cadáver, le hicieron pedazos, y le redujeron á cenizas. Los sacramentarios afirman que OEcólampadio no pudo sobrevivir á su amigo Zuinglio, y que murió poco despues de dolor el primero de Diciembre de este mismo año de 1531, de edad de cuarenta y nueve años. Lutero, que encuentra diablos en todas partes, le hace morir herido por el espíritu maligno. Tal vez en esto no hace mas que contar á su modo lo que se lee en otra parte de aquel sectario; á saber, que pereció á manos de una muger con quien trataba, y de la cual habia tenido tres hijos.

La muerte de estos dos apóstoles de la impiedad sacramentaria, no restableció entre los suizos la union que habian destruido. Los de Zurich por el contrario, resueltos á vengar esta injuria, volvieron á atacar á los católicos con mas furor, y fueron nuevamente



derrotados: setecientos ú ochocientos hereges quedaron en el campo, casi igual número se anegaron en un rio inmediato, y los restantes cogidos en un bosque donde se habian refugiado, solo pudieron salvar la vida prometiendo que volverian á la comunión romana. Los sacramentarios volvieron al ataque con tal ímpetu, que desconcertaron los cinco batallones de católicos; pero ganando estos sus puestos con serenidad, sin dar la menor entrada al desórden ni al temor, rompieron alternativamente á los zuinglianos, y los pusieron en fuga, despues de haberles muerto seis mil hombres. Al cabo de pocos dias, alentados todavía los vencidos con las tropas auxiliares que les enviaban las ciudades imperiales sus aliadas, acometieron otra vez á los vencedores, los que les mataron de nuevo cinco mil hombres, é hicieron tres mil prisioneros. Otro ardor que no fuese el del fanatismo, habria quedado sin duda amortiguado por largo tiempo; mas en el momento mismo en que los vencedores iban en procesion á dar gracias á Dios de su victoria en una iglesia vecina, reunieron los zuinglianos todas las tropas que les quedaban, y se adelantaron para derribar la iglesia y pasar á cuchillo á los católicos en su camino; pero fueron derrotados por quinta vez, con pérdida de mas de cinco mil hombres, y abandonaron á los vencedores las cuatro banderas que habian servido para convocar las gentes de Berna, de Basilea, de Eschaffusa y de Mulhausen.

Imposibilitados los suizos zuinglianos de levantar un sexto ejército, emplearon la mediacion de las

ciudades imperiales para tratar de paz con los cantones católicos; y estos manifestaron una moderacion tan grande, que se les imputó como un crimen de politica y aun de religion; pues no restando casi mas que entrar en las ciudades protestantes, y restablecer en ellas las prácticas romanas, respondieron que temian fatigar la fortuna siempre inconstante; que una sola victoria ganada por un enemigo furioso consumaria su ruina y la de la religion en Suiza, en vez de que usando de suavidad habia gran motivo de esperar, particularmente despues de la muerte de los dos autores de la seduccion, que sus hermanos engañados volverian á la fe de sus padres. Convinieron, pues, en abstenerse mutuamente de todos los medios de violencia con respecto al ejercicio de la Religion, y en renunciar á todas las ligas formadas con miras contrarias. ¡Ojalá que este convenio, dificil de sostenerse hasta en la nacion sencilla y pacífica de los suizos, hubiese sido guardado á lo menos tan puntualmente por los pueblos que mas ventajosamente piensan de sí mismos!